

IMPREVISION

La Alquimia malgastó nueve siglos en busca de la Piedra Filosofal: de ese Elixir que debía transmutar los metales, para obtener el oro codiciado; y de esa Panacea que debía curar todas las enfermedades y librar al hombre de la muerte.

La Química, su hija legítima, ha hecho en pocos años progresos inauditos, de modo que las ciencias, las artes y la industria le rinden homenaje; y sin embargo todavía no alcanza la Química a fabricar un grano de trigo: esa prueba de idoneidad que desde su origen le exigió un filósofo.

A la agricultura le presta esta ciencia servicios incomparables; pero no basta que una tierra dé un análisis químico satisfactorio, pues sucede con frecuencia que un suelo que encierra todos los elementos apetecibles, no sirva para nutrir una planta, pues que esos elementos pueden no disolverse en el agua, para alimentarla, mientras que terrenos menos ricos dan mejores resultados. No son, pues, el agrónomo ni el agrólogo los más hábiles guías para el labrador. El mejor consejo lo obtiene de personas bien experimentadas, y de los cultivos en pequeño que el agricultor haga para poder dejarse guiar por los mismos terrenos. Empezar en grande escala sin estas luces es proceder a oscuras.

Un caso histórico ilustrará nuestro aserto:

Había en Envigado, hace medio siglo, un rico agricultor que tenía muchas tierras y las más feraces en este precioso valle, las cuales arrancaban desde la propia población. Si no recuerdo mal eran ciento cuarenta cuadras plantadas en mucha parte de caña de azúcar, yuca y plátano. Poseía D. Agustín, que así se llamaba el hacendado, la primera y mejor máquina de ingenio de azúcar que había en el Departamento; y beneficiaba la mejor "panela" que ha dado el "Cañón de la Villa", como decíamos en ese tiempo.

Trabó nuestro hábil campesino relaciones íntimas

con un sabio químico de origen español, llamado Flórez Domonte.

—“Destruya Ud. los cañamelares”, le dijo el químico a D. Agustín, “y siembre en su lugar tabaco”.

Pronto vimos hecha la sustitución, y aquel plantío de la maldita hierba crecía como si fuese una planta bendita: cada hoja era cuatro veces más grande que las que se producen en los mejores terrenos del Cauca y del Magdalena; pero esas hojas eran simples, sin aroma, sin gusto y sin nicotina: ni los gusanos las apetecían.

Este fué el primer fiasco. Tal vez no lo hubiera habido si se hubiesen empleado abonos convenientes y bien dirigidos, o aliños especiales.

En este tiempo apareció entre nosotros la polilla del frísol, seguramente por la destrucción que con las hondas hicieron los muchachos traviesos de los inofensivos y útiles pajarillos. Esa peste en el grano produjo una escasez y carestía tan grandes, que trajo el hambre en la parte desvalida de la sociedad.

Nuestro consabido químico dijo al hacendado:

“Compre Ud. frísoles que yo le enseñé a destruir el germen de la polilla para que la larva no se desarrolle.”

D. Agustín, obediente, y crédulo en su oráculo, compró centenares de arrobas de frísoles, obtenidos a buen precio por el temor del desarrollo del gusano.

El Sr. Flórez, aprovechando los hornos y paias del arruinado Ingenio, introdujo los frísoles en canastos, por algunos minutos, en el agua hirviente; pero como eran tantos, no hubo modo de hacerlos secar bien y los frísoles se pudrieron. Segundo fracaso debido a la imprevisión.

“Ahora, aprovechemos la rueda del trapiche y montemos una gran máquina de aserrar”, dijo el sabio. Pidió aparatos y estableció un hermoso taller, en donde no faltaron más que las maderas para aserrar, por ser imposible acarrearlas desde los bosques lejanos hasta el lugar en que estaba colocada la máquina. Y esta fué la tercera y última desilusión.

Y al rico hacendado, víctima de la amistad, de la novelaría de negociante y de su amor a las ciencias, le tocó arrastrar muchos años de miseria, labrando tenedores y cucharas de naranjo y granadillo, para subvenir escasamente a sus necesidades; pero nunca se le oyó lanzar una queja, verter una mala expresión, ni dirigir una sola re-
crimination còntra nadie.

Y murió en una humilde choza, cerca del puente de Guayaquil y a la orilla de ese río que fué testigo de su opulencia, de sus locuras y de su ruina.

“No es la Historia un vano pasatiempo: Escuela es de virtud y útil ejemplo.”

FAU.